

POR FIN MAESTRO

juego. Y fue allí, junto a su codo, donde nacieron muchos de mis valores. No es que mis padres no me enseñaran nada, lo hicieron, pero como éramos diecisiete niños en casa, la atención individualizada era difícil.

—Eugene —dijo el Sr. Roy un día—, ¿qué quieres ser cuando seas grande?

—Maestro —dije con inesperada honestidad.

—En un tono que no dejaba lugar a dudas, el Sr. Roy respondió:

—Entonces, ¡sé uno!

El Sr. Roy podía ver las trampas adelante.

—Eugene —dijo, muy serio, mientras pasaba uno de sus huesudos brazos alrededor de mis igualmente huesudos y pequeños hombros—, habrá momentos en los que la gente te dirá: "No puedes hacerlo". Simplemente toma eso para avanzar y proponte demostrarles que están equivocados.

Durante mi penúltimo año de secundaria, falleció mi madre y mi padre necesitaba ayuda para cuidar a los niños más pequeños. Como la universidad había quedado fuera de discusión, dejé de lado mi sueño de ser maestro y en su lugar aprendí un oficio: plomería.

Recordé otro de los consejos del Sr. Roy:

—Una cosa más, Eugene —dijo—, no importa qué seas, un excavador de zanjas o maestro, sé lo mejor que puedas ser. Eso es todo lo que el buen Señor nos pide.

Así que, me dije a mí mismo: "Si no puedo ser un maestro, seré el mejor plomero del mundo". Aprendí todo lo que pude sobre el negocio. Llevé a la práctica lo que creo: "Hazlo bien la primera vez y no tendrás que volver".

Con el tiempo tuve mi propio negocio.

Entretanto, Anette y yo nos casamos y educamos dos hermosos hijos. Ahora Michael está completando su doctorado y Monique está en su último año de secundaria, mientras Anette hace varios años que volvió a la escuela y se convirtió en una magnífica maestra.

POR FIN MAESTRO

Enseñar no es una profesión, es una pasión.
Fuente desconocida

Esa tarde de enero me puse mi sobretodo negro, caminé hacia afuera e hice una pausa. "Bien, Compañía de plomería Altas, pasé treinta años de mi vida para convertirte en un negocio exitoso. Ahora debo seguir a mi corazón". Cerré la puerta por última vez y colgué el letrero: RETIRADO DEL NEGOCIO.

Al tiempo que subía a mi Explorer borgoña 1991, con cincuenta años, volví todos mis pensamientos hacia el sueño de mi vida: ser maestro de escuela. "Señor, tú me has traído hasta aquí, supliqué, por favor, no me dejes ahora". Mientras conducía a casa, deseé que el Sr. Roy estuviera vivo para poder discutirlo con él. El Sr. Roy fue mi mentor, mi modelo a imitar. Él hablaba conmigo, me hacía preguntas. Como si yo hubiera sido alguien, en vez del pequeño niño negro y escuálido que era.

Yo tenía alrededor de seis años cuando nos encontramos en Mayfield, Carolina del Sur, donde nací. En el otro vecindario había una pequeña tienda familiar. En el frente ondeaba la bandera estadounidense, junto al cartel de Coca-Cola, encima de la puerta enmallada. El y algunos otros veteranos en general estaban allí, jugando una ronda de ajedrez, contándose anécdotas, apoyados sobre unos toneles invertidos junto a la estufa panzona.

Todos los días, después de la escuela, me colocaba junto al tablero de ajedrez para ayudar al Sr. Roy con su

Ahora, había llegado ese día en que mi sueño no se postergaría más. Cuatro días antes de cerrar mi tienda, comencé a trabajar en la Escuela Elemental Hendrix Drive. No como maestro, se imaginarán, sino como guardián. Cambié mis llaves mecánicas y los accesorios para tuberías por escobas y brochas. Y un 40 por ciento menos en la paga. Pensé que el trabajo sería una buena forma de probar las aguas, para ver incluso si podía relacionarme con los jóvenes de hoy en día.

Me llevé bien con los estudiantes. En los corredores, cuando pasaba la pulidora de pisos, les lanzaba un gran: "¡Choque esos cinco!" y cada uno respondía con una amplia sonrisa y con un: "¡Choque esos cinco!"

A menudo encontraba a algún joven apoyado contra la pared, fuera del aula, que había sido castigado por mala conducta. "¿Cuál es el problema, hijo?", le preguntaba, en verdad preocupado. Después de relarme su infracción y que yo le hubiera enfatizado la necesidad de obedecer las reglas, entraba y hablaba con su maestro, facilitando el camino para el retorno al aula.

Sorprendentemente, era un muy buen mediador, quizás porque podía ponerme en el lugar de estos jóvenes. Muchos, como mi amigo Jeffrey, provenían de hogares rotos, educados sólo por sus madres solteras o por una abuela. Estaban hambrientos de un modelo masculino positivo, alguien que mostrara verdadero interés en ellos, que les demostrara afecto. Necesitaban desesperadamente a un Sr. Roy en sus vidas. Yo quería serlo.

Algunas veces, eso también significaba ser estricto. Más de una vez frenaba a un joven en medio del corredor y lo regañaba por sus pantalones holgados sin cinturón, la cintura del pantalón cayendo a la altura de las rodillas, con la ropa interior a la vista. De hecho, así fue como conocí a Jeffrey.

"Espera aquí mismo", le dije. Traje una cuerda de perlas veneciana de mi armario de provisiones, para pasarla

por las presillas del pantalón, alrededor de la cintura. Al día siguiente Jeffrey vino a la escuela con cinturón. Lo mismo hicieron los otros chicos cuando les llegó el turno de la corrección. ¿Conducía poco convencional para un guardián? Puede ser. Pero los chicos respetaban mi opinión porque sabían que me importaban.

Pensaba y rezaba mucho mientras pulía aquellos pisos. "Como guardián, tengo un ministerio aquí mismo, racionalicé. Quizás no necesite pasar por los rigores de los cursos universitarios para ayudar a los estudiantes".

Al mismo tiempo, podía escuchar la voz del Sr. Roy diciendo:

—Nunca te conformes con el segundo lugar, Eugene. Seas lo que seas, sé lo mejor que puedas en ello.

Una noche, me atreví a contárselo a mi familia:

—Parece que, después de todo, tendré que ir a la universidad.

Dijeron:

—¡Hazlo!

Y lo hice. En el otoño me inscribí para los cursos nocturnos y los de verano en la Universidad Brenau de Norcross. Cuando me acercaba a las primeras clases, simplemente me puse nervioso. ¿Sería el estudiante más grande? ¿Estaba muy viejo, muy cansado para aprender esas difíciles materias?

Por encima de todas estas preocupaciones, fue duro trabajar todo el día, estudiar hasta las 2 sólo para levantarme a las 5:30. Mientras limpiaba aquellos pisos, mantenía una fluida conversación con Dios. "Señor, tengo los huesos cansados. Recuérdame una vez más que esto es algo que Tú quieres que haga porque, voy a ser sincero, si es sólo mi deseo, estoy listo para abandonarlo".

Como respuesta, creo que Dios me envió nuevamente a Jeffrey. Se había graduado de nuestra escuela el año anterior, volvió de visita y me encontró cambiando un tubo de luz fluorescente en un corredor.

—Jeffrey, estoy tan contento de verte! —le dije, mientras le daba un gran abrazo—. ¿Cómo estás, hijo?

—Bien, señor —respondió, sus buenos modales me impresionaron sobrehumanamente—. Sr. Edwards —continuó—, quiero agradecerle el tiempo que pasó conmigo cuando yo estaba aquí, por preocuparse por mí. Nunca hubiera pasado sexto grado de no ser por usted.

—Jeffrey, estoy tan orgulloso de ti —respondí—. Y vas a terminar la secundaria, ¿verdad?

—Sí, señor —dijo, con una amplia sonrisa en el rostro—. ¡Incluso voy a ir a la universidad, Sr. Edwards! ¡Como usted!

Casi lloro. Decidí mantenerme en pie con mis estudios. Jeffrey contaba conmigo.

Ahora es temprano en la mañana, 3 de mayo de 1997; un día que permanecerá en la historia. ¡Hoy es el día de graduación!

En el Centro Georgia Mountain de Gainesville estoy casi agobiado por la emoción. Afuera, de pie, con mi loga negra, el birrete con borla sobre mi cabeza. Observo el anillo engarzado con una piedra azul que me dieron al egresar de la universidad, en mi mano gastada de plomero de cincuenta y cinco años. Las lágrimas amenazan con bajar por mis mejillas.

Mientras la música crece, la procesión comienza con el presidente y los profesores de la Universidad de Brenau, todos en atuendos festivos, con una apariencia en verdad impresionante, junto a los miembros del consejo de administración y al orador invitado: el honorable Edward E. Elson, embajador de los Estados Unidos ante el reino de Dinamarca.

Todos estos dignatarios permanecían de pie en honor a nosotros, mientras entrábamos marchando en fila, 350 graduados de la universidad de los cursos nocturnos y de los fines de semana, candidatos a títulos académicos. Cuando escuché resonar mi nombre por el enorme salón:

“EUGENE EDWARDS”, de alguna forma llegué al estrado, ¡nunca sentí que mis pies tocaran el suelo!

Floté de regreso a mi asiento, resplandeciente como un árbol de Navidad, afirmando la evidencia de la realización de un sueño querido desde hacía mucho: un pergamino enmarcado con todas esas palabras importantes, “Licenciado en Ciencias para Educación Media”.

“Si señor —piensa mi yo interior—, esto lo demuestra. Si sueñas durante el tiempo suficiente, y trabajas lo suficientemente duro, el buen Señor te ayudará a realizar tus sueños”.

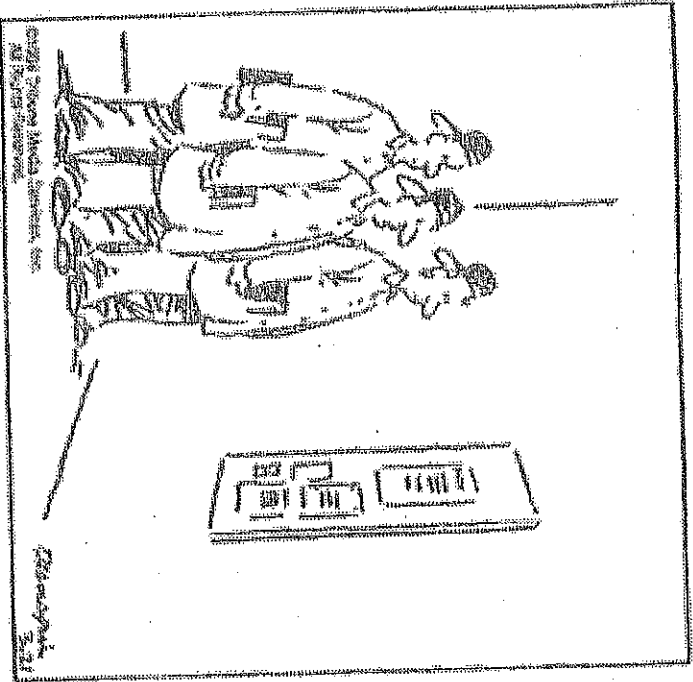
¡Por fin maestro!

El Sr. Roy estaría orgulloso.

Eugene Edwards

como se lo contó a Gloria Cassity Stargel

Los alumnos de Dunagin



Hombre! ¡Con uniformes escolares perderemos
nuestra individualidad.